

# De los grandes acontecimientos

## Friedrich Nietzsche

Hay una isla en el mar -- no lejos de las islas afortunadas de Zaratustra -- en la cual humea constantemente una montaña de fuego; de aquella isla dice el pueblo, y especialmente las mujeres viejas del pueblo, que está colocada como un peñasco delante de la puerta del submundo: y que a través de la montaña misma de fuego desciende el estrecho sendero que conduce hasta esa puerta del submundo.

Por el tiempo en que Zaratustra habitaba en las islas afortunadas ocurrió que un barco echó el ancla junto a la isla en que se encuentra la montaña humeante; y su tripulación bajó a tierra para cazar conejos. Hacia la hora del mediodía, cuando el capitán y su gente estuvieron reunidos de nuevo, vieron de pronto que por el aire venía hacia ellos un hombre, y que una voz decía con claridad: «Ya es tiempo! ¡ya ha llegado la hora!» Y cuando más cerca de ellos estuvo la figura -- pasó volando a su lado igual que una sombra, en dirección a la montaña de fuego -- reconocieron, con gran consternación, que era Zaratustra, pues todos ellos le habían visto ya, excepto el capitán, y lo amaban a la manera como el pueblo ama: es decir, con un sentimiento en que amor y temor están mezclados a partes iguales.

«¡Mirad! , dijo el viejo timonel, ¡ahí va Zaratustra al infierno!» --

Por la misma época en que estos marineros habían desembarcado en la isla de fuego se difundió el rumor de que Zaratustra había desaparecido; y cuando se preguntaba a sus amigos éstos contaban que se había embarcado de noche sin decir a dónde iba.

Se produjo así cierta intranquilidad; al cabo de tres días se añadió a ella el relato de los marineros -- y entonces todo el pueblo se puso a decir que el diablo se había llevado a Zaratustra. Sus discípulos se reían ciertamente de tales habladorías; y uno de ellos llegó a decir: «Yo creo más bien que es Zaratustra el que se ha llevado al diablo». Pero en el fondo de su alma todos ellos estaban llenos de preocupación y de anhelo: por ello grande fue su alegría cuando al quinto día Zaratustra apareció entre ellos.

Y este es el relato de la conversación de Zaratustra con el perro de fuego.

La tierra, dijo él, tiene una piel; y esa piel tiene enfermedades. Una de ellas se llama, por ejemplo: «hombre».

Y otra de esas enfermedades se llama «perro de fuego»: acerca de éste los hombres han dicho y han dejado que les digan muchas mentiras.

Para ahondar en ese misterio atravesé el mar: y he visto desnuda la verdad, ¡creedme! , desnuda de pies a cabeza.

En cuanto al perro de fuego, ahora sé de qué se trata: y asimismo sé qué son todos esos demonios de las erupciones y las conmociones, ante los que no sólo las mujeres viejas sienten miedo.

¡Sal de ahí, perro de fuego, sal de tu profundidad!, exclamé, ¡y confiesa lo profunda que es tu profundidad! ¿De dónde sacas lo que expulsas por la nariz?

¡Tú bebes en abundancia del mar: eso es lo que tu salada elocuencia delata! ¡Verdaderamente, para ser un perro de la profundidad, tomas tu alimento en demasía de la superficie!

A lo sumo te considero el ventrílocuo de la tierra: y siempre que he oído hablar a los demonios de las erupciones y las conmociones los encontré idénticos a ti: salados, embusteros y poco profundos.

¡Vosotros entendéis de aullar y de oscurecer todo con ceniza! Sois los mejores bocazas que existen, y habéis aprendido hasta la saciedad el arte de hacer hervir el fango.

Donde vosotros estáis, allí tiene que haber siempre fango en las cercanías, y muchas cosas porosas, cavernosas, comprimidas: quieren salir a la libertad.

«Libertad» es lo que más os gusta aullar: pero yo he dejado de creer en «grandes acontecimientos» cuando se presentan rodeados de muchos aullidos y mucho humo.

¡Y créeme, amigo ruido infernal! Los acontecimientos más grandes -- no son nuestras horas más estruendosas, sino las más silenciosas.

No en torno a los inventores de un ruido nuevo: en torno a los inventores de nuevos valores gira el mundo; de modo inaudible gira.

¡Y confíesalo! Pocas eran las cosas que habían ocurrido cuando tu ruido tu humo se retiraban. ¡Qué importa que una ciudad se convierta en una momia y que una estatua yazca en el fango!

Y ésta es la palabra que digo todavía a los derribadores de estatuas. Sin duda la tontería más grande es arrojar sal al mar

y estatuas al fango.

En el fango de vuestro desprecio yacía la estatua: ¡pero su ley es precisamente que el desprecio haga renacer en ella vida y viviente belleza!

Con rasgos divinos se yergue ahora, y con la seducción propia de los que sufren; y ¡en verdad!, ¡incluso os dará las gracias por haberla derribado, derribadores!

Este es el consejo que doy a los reyes y a las Iglesias y a todo lo que es débil por edad y por virtud -- ¡dejaos derribar! ¡Para que vosotros volváis a la vida, y para que vuelva a vosotros -- la virtud!

Así hablé yo ante el perro de fuego: entonces él me interrumpió gruñendo y preguntó: «¿Iglesia? ¿Qué es eso?»

¿Iglesia?, respondí yo, eso es una especie de Estado, y, ciertamente, la especie más embustera de todas. ¡Mas cállate, perro hipócrita! ¡Tú conoces perfectamente sin duda tu especie!

Lo mismo que tú, es el Estado un perro hipócrita; lo mismo que a ti, gústale a él hablar con humo y aullidos, -- para hacer creer, como tú, que habla desde el vientre de las cosas.

Pues él, el Estado, quiere ser a toda costa el animal más importante en la tierra; y también esto se lo cree la tierra.

Cuando, hube dicho esto el perro de fuego hizo gestos como si se hubiera vuelto loco de envidia. «¿Cómo?, gritó, ¿el animal más importante en la tierra? ¿Y también le cree esto la gente?» Y tanto fue el vapor y tantas las horribles voces que de su garganta salieron que yo pensé que iba a asfixiarse de rabia y de envidia.

Por fin se calmó, y su jadeo fue disminuyendo; pero tan pronto como estuvo callado dije yo riendo:

«Te enojas, perro de fuego: ¡así, pues, tengo razón. en lo que he dicho sobre ti!

Y para seguir teniéndola, oye algo de otro perro de fuego: éste habla verdaderamente desde el corazón de la tierra.

Oro sale de su boca al respirar, y lluvia de oro: así lo quiere su corazón. ¡Qué le importan la ceniza y el humo y el légamo caliente!

La risa sale revoloteando de él como una nube multicolor; ¡desdeña el gargareo y los escupitajos y el retortijón de tus entrañas!

Pero el oro y la risa -- los toma del corazón de la tierra: pues, para que lo sepas, -- el corazón de la tierra es de oro».

Cuando el perro de fuego oyó esto no soportó el seguir escuchándome. Avergonzado escondió el rabo entre las piernas, dijo ¡guau! ¡guau! con voz abatida y se sumergió, arrastrándose, en su caverna. --

Esto es lo que Zaratustra contó. Mas sus discípulos apenas le escuchaban: tan grande era su deseo de contarle la historia de los marineros, los conejos y el hombre volador.

«¡Qué debo pensar de todo esto! , dijo Zaratustra. ¿Soy yo acaso un fantasma?

Habrá sido mi sombra. ¿Habéis oído ya algo del viajero y su sombra'?

Una cosa es segura: tengo que atarla corta, -- pues de lo contrario perjudicará mi reputación».

Y de nuevo movió Zaratustra la cabeza y se maravilló: «¡Qué debo pensar de todo esto! », volvió a decir.

«Por qué gritó el fantasma: ¡Ya es tiempo! ¡Ya ha llegado la hora!

¿De qué -- ha llegado la hora?»--

Así habló Zaratustra.

fuelle [http://www.nietzscheana.com.ar/textos/de\\_los\\_grandes\\_acontecimientos.htm](http://www.nietzscheana.com.ar/textos/de_los_grandes_acontecimientos.htm)